

DE NOCHE BUENA

El Juego de Pólvora

(FIESTA POPULAR)

Carlos Luis Sáenz



¡Bum Bum! Y el cielo todo estrellas
color de azules aguas,
se abre, antes no visto por los múltiples ojos,
sobre la multitud heterogénea
que llena la plaza
frente a la Iglesia,
donde el potente petardo retumba.
¡Bum! ¡Bum!... Comienza el juego e'pólvora!
¡Bum! ¡Bum!...
Todavía la campana
sus últimos golpes de metal solemne,
lenta, lentamente, lenta,
deja caer, rogando por las ánimas.
Y se rompen los cohetes de colores
en azules milagros
dando de topetada en las estrellas:
suben, suben, suben, y estallan, secos,
¡pac!
alumbrando por un momento los trascielos
de ángeles y arcángeles...
¡Lluvia de querubines!,
¡Lluvia de serafines!,
sobre todos los árboles del pueblo.
Por las callejas, hacia el río oscuro,
huyen ahullando todos los perros.
Alegria de la multitud
como un río de aguas de oro, llena la plaza:
tac, tac, tactac tactac, ¡Prodigio
de la rueda de fuego
que hace girar en círculos concéntricos
todas las claridades imposibles
de los cristales del fuego,
con estridor centrifugo
de víboras y espigas de paraísos y avernos!
Gira, gira, la rodina, gira,
como una flor de un gran tapete persa,
y explota al fin entre las músicas,
los alcluyas y los vivas de la fiesta.
¡Bailan los niños! El alborozo
les pone alados pies!
corren y saltan, saltan y vuelan,
sobre las chispas del volcán que alumbraba,
entre agrídulces humos de colores,
la vieja Iglesia.
Y en sollozantes silbos
de pájaros perdidos, fugaces colorines
entrecabre en abanicos encarnados y lilas.
¡Montando en bóleras románticas
el polvorín detona y lanza al aire
cáscaras de granadas
y granizadas de azules, rojos y amarillos granos!
Suena agudo el clarín, agudo y lento... ¡Silencio!
Y un hurra de mil bocas, como en ¡salve!
a las maravillosas llamas del castillo
reguena clamoroso: ¡van a caer crepitando las estrellas!
¡Se va a quemar el cielo del enero!
y las llamas azules, blancas, aurcas,
de sangre, de amatistas y de rosas,
alumbran en los rostros felices las sonrisas,

ta! como en un ambiente submarino.
¡Se está quemando el castillo!
¡Se está quemando el castillo!
Crepitan los vitrales, retiemblan los torreones,
vomitan llamas los doce leones de las escaleras,
y en las torres de corales, de nácares y perlas,
llamean, soberanas, las banderas tricolores!
Y un instante después,
tras de la gloria heroica de las supremas luces,
todo es pavesas...!
Bombo, bom, el bombo
con su ritmo renco,
con su ritmo ronco,
inicia una marcha
con el tambor loco,
que en largo redoble de parche sonoro,
simula el derrumbe de trípticos de oro.
Bombo, bombo, el bombo,
y el crescendo sube al celeste dombo.
Y la gritería
en claras cadencias de cristalería!
Bailan los niños locos,
embriagados de ensueños,
tras el pájaro raro,
pico de coral, ojos de esmeralda, pecho de rubies
y ardiente cola de pavo real,
que sobre sus cabezas aureoladas
pasea su efímera majestad.
Encantados están los ojos de los niños
en un deslumbramiento total!
Quien ha visto el pájaro del fuego e'pólvora,
en la plaza de la ciudad, frente a la iglesia gris,
jamás se olvidará...!
Y suben, suben, suben, de nuevo los cohetes y ¡pac!
estallan, secos, en la celeste diafanidad.
ya junto a las Cabritas que quieren bailar,
ya junto a la Osa Mayor
que se derrama en claridad,
ya junto a la inmensa Cruz Austral.
¡Y el Toro!, al fin, el Toro bravo,
de bomba y cachiflín! ¡El Toro de las lidias de fuego
El Toro bailarín,
el Toro, el Torito de los petardos,
que ensarta en sus astas de oro
el azul capote de la noche de nardos!
Saltan los toreadores
entre los resplandores de sus ojos de fuego:
el Torito de oro entra en la ola negra:
mil gritos levanta
su crepitante acometida; a pechadas de fuego
la ola apretada, aparta, rompe y desordena...
¡Toro en el mar! ¡Toro en el mar!
Es el Torito Guaco de la lidia sin igual!
Y la bomba:
¡bum! ¡bum!
y el eco que se pierde entre los miedos
a la orilla del río donde tiemblan los perros.
Y el sonido del clarín marcial
anuncia el fin: ¡tarari, tarari, tararaaaa!
Termina así la fiesta popular.

La Preñadita

—Mama!, ¡Mama!, mirá a
Juanilla que rara.—
—¡Callate, hija—!
¿Qué se tendrá la probe que
ya ni vuelve a ver y está tra-
gando cable con un torozón
que le sube y le baja el gargüe-
ro?
—Callate, confisgada, que
están alzando!—
—Mirá, comadre, a esa chi-
quilla de Toña le hicieron mal
de ojo, ¿no ves como está de
paliducha y ojeruda?
—Yo que el cura no le de-
jaba entrar a la iglesia; ya ni
vergüenza tiene con todos los
brazos chingos.—
—Ey, trompicón, ¿qué estás is-
piando? ponele atención a la
misa.
Juanilla, es cierto, había cam-
biado mucho. Antes era fogosa
y alegre y se pasaba el día can-
tando.
Su mama le decía a cada
rato:
Hija cuándo te va a entrar
el juicio, ya estás muy mangan-
sona pa que fregués tanto.
Pero nada, le entraba por un
oído y se le iba por otro.
Pero ahora desde hacía días
estaba callada. Se pasaba ten-
dida en la hamaca y no se po-
nía ni para ir a misa, su chal
rosado de barbillas blancas.
Así empezaron a crecer los ru-
mores de que estaba endemoni-
niada y que se iba al yurro a
hablar sola.
Cuando pasaba por la plaza,
se asomaban las viejas a la ven-
tana y cuchicheaban.
Juana, ante ésto, hundía más
la barbilla entre los hombros
y ponía cara de enfufurrunchada.
También su cuerpo se le iba
deformando, le iba creciendo
el vientre y cuando se bañaba
en la poza, su color cobrizo,
le daba la apariencia de una
tinajita rezumando agua fres-
ca. Ya los senos apenas recién
brotados y que cabrían en la
palma de la mano, habían per-
dido importancia.
Y allá en la selva, cuando se
callaban las luces y quedaba el
labear de los cocuyos y empe-
zaban a bailar las sombras agra-
rradas de la mano y cantaban
las piapias, conversaba sola.
Conversaba sola, con las ma-
nitas que le golpeaban el vien-
tre y lo hacían sonar como un
tambor lejano.
Entonces, por el bosquecillo
de gavilanes, corría entre las
tricipilias que le besaban la
carne y los largos helechos de
espigas agudas que se enreda-
ban en sus ropas respingadas.
A veces, oía el buho que ras-
caba sus cuerdas lúgubres y
abría sus ojos despavilados
con reflejos de cobre o el grito
tosco del felino que a trote len-
to iba hacia el riachuelo siguién-
do la huella del venado, y en-
tonces se sobrecogía y llora-
ba.
Una vez la siguió uno hasta
allí y corrió con el chisme al
pueblo.
Juanilla está preñada.
Jesús, María y José, si debe
haber sido el pisuicas.
Y corrieron con el chisme a
Na Toña.
—Na Toña, figúrese que bss.
bsss... bssss, bsss.—
A Juana le prohibieron sa-
lir más a la calle y así pasó un
mes y otro. El vientre cre-
cía y crecía; parecía que iba
a reventarse y entonces la me-
tieron en el cuarto de los chun-
ches.
El padre, con el mismo es-
fuerzo muscular, escupía la
cuecha de tabaco en el piso de

tierra o le gritaba hija perdi-
da.
Varias veces le dió con una
correa para que le dijera el
nombre del malnacido que le
había hecho eso, pero ella llo-
ra ba cumpungida y no llegó a des-
pegar los labios.
Así vió como se le hinchaban
los senos de leche y se los apre-
taba casi con furia para ver sa-
lir los primeras gotitas...
Allá a lo lejos debía venir
un caballo, se oía el galope
Tarárán, tararán. Debía venir
ligero porque el ruido se acer-
caba muy a prisa Tararán...
tararán...
El viento que silbaba por los
resquicios de las tablas con un
uuuuuu largo, traía en una nu-
be de polvo el ruido y a ella
le cantó el corazón el compás
del galope. Tararán... tara-
rán...
Ya debía venir por el cruce,
porque crecía el ruido que era
arrastrado por el cauce del río
y era tirado sobre las piedras,
reborbotando en ecos. En sus
oídos adquiría resonancias
monstruosas y golpeaba sus
mazos en las paredes frías
del cráneo. Entontecida se a-
rrastraba por el cuarto con los
dolores de la preñez.
El jinete se apeó en la canti-
na y preguntó por Juana.
—Ese debe haber sido.—
—Que indino más confisgao.
Uno le preguntó con sorna
que para qué la buscaba y to-
dos se rieron.
Los chiquillos se escondían
entre las faldas y no faltó
quien buscara una piedra con
los ojos.
Juana lo reconoció desde su
ventana y se le vinieron los re-
cuerdos como potros deboca-
dos.
La primera vez que le desató la
camisa blanca de algodón y có-
mo se la llevó al sesteo del
sauce, cogiendo para ella las
guarías más tupidas de las ra-
mas más altas.
Entonces se precipitó, el
corazón le golpeaba el pe-
cho, haciéndole saltar los se-
nos. Y corrió con su paso tor-
pe y tambaleante.
Ya no tendría miedo a las
burlas
Ahora sostendría su vientre
la mano de él a la cintura.
Y corrió más y más ligero
tropezándose en las piedras y
alzando tras ella una nube blan-
ca de polvo.
De repente se detuvo. Se al-
zó sobre las puntas de los
pies y luego cayó de rodillas
tiñéndose poco a poco su ena-
gua de cuadros de una mancha
roja.
En el polvo, el rosa claro de
un niño gritaba inútilmente con
todas sus fuerzas.
Murieron esa noche
Un cirio luchaba desespera-
do contra un hilillo de aire que
amenazaba apagarlo y proyec-
taba en los muros encalados
sombros abultadas y densas.
Del río llegaron aromas de ci-
prés humedecido y mandarinas
desgajadas, los grillos hicieron
su alambrada de chillidos y la
noche se llenó de estrellas co-
mo siempre
Sopló un ventisco frío y ta-
jante.
A lo lejos, con el cantar inin-
terrupto de los sapos, se
tragó la noche un galope.
Tarárán... tararán...

El romancillo de Noche Buena

J. Dobles Rodríguez

Están llorando los niños,
los niños pobres, los niños,
porque el Niño no les trajo
su saco de regalitos.

Y otros niños, ricos, ríen
con risa de chilindrines
porque tienen muchas bolsas
con juguetes y confites.

Tan tararantan, tan, tan,
la calle está que revienta
de charanga militar.

Fi firiri fi, fi,
tiene dolor de cabeza
la muñeca de serrín.
To tororo to, toto,
las avenidas se ponen
prendedores de ilusión.

A la vuelta de una esquina
se desgañita un tambor
y en una puerta dos ojos
reverberan de aflicción.
El Niño que todo puede
trajo y no trajo... sí... nó...
Un problema al que no puedo
encontrarle solución.

Visión de Noche Buena

A. Newland

Gloria a Dios en las alturas
y en la tierra, tengan paz
los hombres, decía la voz,
la voz de buena voluntad.
¿Quiénes oyeron la voz?
¿En dónde esa voz está?
En este diciembre, el cielo
¿con esa voz hablará?
Dígalo el niño de China
¡el Evangelio allá va!
Dígalo el niño de España
bajo la bomba infernal!
El cielo de la leyenda
se abrió en anuncio de paz,
pero son pocos los hombres,
los de buena voluntad.
Muchos siglos han corrido
y el cielo de navidad
es muerte para los niños,
sangre, horror, iniquidad.
Que por el cielo ahora vuelan
fieras que saben volar
y el ocimen y la violencia
en sus negras alas van.
Hombres, si lo sois de veras,
por la buena voluntad,
empeñados en hacer bueno
el mensaje celestial.
Por los niños españoles
y los de China, luchad,
y que sobre un mundo nuevo
de veras, se haga la paz.